

El Secreto de una Celda Monacal

Los monjes guardan secretos dignos de conocerse, aunque a veces el valor de un cierto secreto no se hace inmediatamente evidente.

Un secreto así tiene que ver con la celda de un monje y con la importancia que los escritores espirituales clásicos dieron al monje que permaneciera en su celda. Por ejemplo, Abba Moisés, uno de los grandes Padres del Desierto, de color, aconsejaba a sus monjes: “Andad, sentaos en vuestra celda, y vuestra celda os enseñará todo”.



Otros Padres del Desierto acuñaron frases como éstas: “Anda, come, bebe, duerme, no trabajes, pero no abandones tu celda”. O “No ores, en absoluto; sencillamente, quédate en tu celda”. Tomás de Kempis, en su libro “Imitación de Cristo”, escribió acertadamente: **“Cada vez que abandonas tu celda, regresas menos hombre”**.

Un consejo como éste seguramente nos chocará, por desequilibrado, enfermizamente monástico, enfermizamente ascético, enfermizamente de “otro-mundo”, o simplemente desquiciado. Por lo menos, y como mínimo, nos chocará como algo que tiene muy poco o nada que ver con nuestras propias vidas normales, ajetreadas, complicadas, viriles... **Qué nos puede brindar un consejo como ése?** ¿Acaso no debemos vivir con otros en comunidad?

Entendido correctamente, el consejo de permanecer en nuestra celda, y que la misma celda nos enseñe todo, ofrece algo de la sabiduría espiritual de los siglos, de los maestros espirituales. **Permanecer**

dentro de nuestra celda es una de las claves de nuestra aventura humana y espiritual. Pero hay que comprender esto en su contexto. A saber:

Se da este consejo a monjes, a contemplativos profesionales, a personas que viven dentro de la clausura monástica, a personas cuya única vocación es vivir en soledad, a personas cuyo deber primario de estado es orar en silencio. En tal contexto, **la palabra “celda” se convierte en una palabra codificada**, que encapsula la vocación entera de un monje y sus obligaciones de estado. Entonces, cuando Abba Moisés dice: “Andad, sentaos en vuestra celda, y vuestra celda os enseñará todo”, está aconsejando en efecto la debida **diligencia y la fidelidad**. ¡Haced aquello para lo que vinisteis! Permanecer en la propia celda es sinónimo de fidelidad.

Y ése es un sensato consejo espiritual válido para todos, no solamente para monjes. **Nuestra “celda”** es una palabra alternativa que **significa** nuestro conjunto de responsabilidades, nuestros deberes de estado, nuestra debida diligencia y fidelidad dentro de nuestras vocaciones, relaciones, matrimonios, familias, iglesias y comunidades. “Abandonar la propia celda” es descuidar nuestras responsabilidades o ser infiel. Propiciar que “nuestra celda nos enseñe todo” es tener fe en que, si permanecemos fieles dentro de nuestros valores morales y nuestros propios compromisos, la misma virtud y fidelidad nos enseñarán entonces lo que necesitamos para saber lograr madurez y santidad.

Así entendida, la advertencia de Tomás de Kempis de que cada vez que abandonamos nuestra celda regresamos “menos-persona” se convierte en un consejo práctico: “Cada vez que coqueteamos con la infidelidad y cada vez que descuidamos nuestras responsabilidades, por eso somos menos-persona”. Es semejante, creo, a lo que los evangelios quieren decir cuando relatan que Pedro, inmediatamente después de traicionar a Jesús, “salió afuera” (llorando amargamente). Con palabras monásticas diríamos: **Pedro “abandonó su celda”**.

Dentro de la espiritualidad cristiana y de las espiritualidades de todas las grandes religiones del mundo, **existe el paquete común de principios** en torno a este tema: Estad atentos a vuestras responsabilidades legítimas, a vuestros deberes de estado. Haced con entusiasmo y fidelidad lo que el deber os pide, y eso os va a enseñar lo que necesitáis para saber llegar a Dios. La fidelidad a las exigencias de vuestra vida puede ser una forma profunda de oración. La fidelidad exige que sudéis sangre, a veces; que no abandonéis vuestros compromisos justamente porque son difíciles o porque el pasto parece más verde a la otra parte. Y especialmente existe el principio: **“¡No seas infiel! Fidelidad a lo que Dios te ha llamado es la virtud fundamental.** Quien persevere hasta el fin se salvará”.

Así pues, nuestra “celda monacal” es nuestro matrimonio, nuestro hogar, nuestro nexo de relaciones, nuestro trabajo, nuestro conjunto privado de cargas y tensiones, nuestra verdad, nuestra virtud, y nuestra integridad personal. Las obligaciones diarias son “nuestra celda”. La tarea espiritual consistirá en permanecer dentro de “esas celdas”, para que puedan enseñarte, para que lleguen a ser una forma de oración, para no coquetear con lo que “está afuera” de ellas, y para hacer de la fidelidad a ellas tu vocación. ¡Permanece en tu celda!

Después del **funeral de Martín Lutero King**, cuando las cámaras de televisión iban saliendo del cementerio, uno de los equipos de filmación enfocó a un anciano, que de pie, solo, al lado de la multitud, lloraba y rezaba. A la televisión en directo le gustan las lágrimas reales, y así enseguida un micrófono y una cámara se abrieron paso, dando empujones, en la aflicción personal de aquel pobre

hombre: “¿Por qué está usted triste? ¿Qué significa para usted Martín Lutero King?”, le preguntaron.

Y él respondió: “**El hombre que estamos enterrando hoy era un gran hombre, porque era fiel;** creía en nosotros, incluso cuando nosotros dejamos de creer en nosotros mismos, y él permaneció siempre con nosotros aun cuando no fuéramos dignos de ello!”

Si este anciano apesadumbrado hubiera sido un Padre del Desierto o un Tomás de Kempis, hubiera dicho sencillamente: “¡Martín era un gran hombre – él permaneció dentro de su celda!”

Ron Rolheiser (Traducido por Carmelo Astiz, cmf)

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/el-secreto-de-una-celda-monacal